

IX

En Junio del 61 fui nombrado sargento del cuerpo de pajes; á algunos de los oficiales no les sentó muy bien, pues decían que no habría «disciplina» desempeñando yo ese cargo; pero no había manera de evitarlo, porque lo corriente era que el primer alumno de la clase superior fuese el nombrado, y yo había estado á la cabeza de la nuestra durante varios años. Este cargo se consideraba muy envidiable, no sólo porque el sargento ocupaba una posición privilegiada en la escuela y era tratado como un oficial, sino especialmente porque era también el paje de cámara del emperador por el tiempo que durara el cargo, y el ser personalmente conocido por él era, por supuesto, considerado como el primer escalón para futuras distinciones. Sin embargo, el punto más importante para mí era que me libraba de todas las molestias del servicio interno del colegio, que recaía en los pajes de cámara, y que tendría para mis estudios una habitación separada, en la que podría aislarme del bullicio de la escuela. Verdad es que también tenía un grave inconveniente; yo siempre había encontrado fastidioso el recorrer paso á paso, varias veces al día, las clases en toda su extensión, y acostumbraba á hacerlo á la carrera, cosa que estaba completamente prohibida, y

ahora tendría que caminar con mucha parsimonia, en vez de correr, con el libro de la ordenanza bajo el brazo. Sobre tan serio asunto se celebró una consulta entre algunos amigos, decidiéndose que, de cuando en cuando, podría yo todavía encontrar proporciones para dar mis carreras favoritas; en cuanto á mis relaciones con todos los demás, dependía de mí el ponerlos bajo un nuevo pie de igualdad y compañerismo, y resolví el hacerlo así.

Los pajes de cámara tenían que estar en palacio con frecuencia, de servicio en las grandes y pequeñas recepciones, besamanos, bailes, comidas de gala y todo lo demás. Durante las semanas de Navidad, Año Nuevo y Pascua teníamos que ir á palacio casi todos los días, y algunas veces hasta dos en uno mismo. Además, era mi obligación, como sargento, dar parte al emperador todos los domingos, en la parada en la escuela de equitación, de que «no había novedad en la compañía del cuerpo de pajes», aun cuando una tercera parte de la escuela estuviera enferma con alguna afección contagiosa. «Al dar hoy el parte, ¿no diré lo que ocurre?»—preguntaba yo al coronel en tales ocasiones; á lo cual él me contestaba—: «¡Ni pensarlo siquiera; sólo habría que dar parte si sobreviniera una insurrección!»

La vida de la corte tiene indudablemente en sí mucho de pintoresca: con su elegante refinamiento en las costumbres, aunque en el fondo

resulte superficial; su rigurosa etiqueta y el esplendor de que se rodeaba, era indudable que tenía que causar impresión. Un gran besamanos es un hermoso espectáculo, y aun la simple recepción de algunas señoras por la emperatriz, difiere mucho de una entrevista corriente, cuando se efectúa en uno de los salones lujosamente decorados del palacio. Las invitadas son acompañadas por ujieres de cámara y gentileshombres, con uniformes bordados en oro, y la soberana se presenta seguida de pajes brillantemente ataviados y de damas de honor, conduciéndose todo con sorprendente solemnidad. Ser actor en las ceremonias de la corte, al servicio de los más importantes personajes, ofrecía algo más que un mero interés de curiosidad á un joven de mis años. Además, entonces miraba yo á Alejandro II como á una especie de héroe; hombre que no daba importancia á las ceremonias de la corte, sino que, en este periodo de su reinado, empezaba su día de trabajo á las seis de la mañana y estaba empeñado en una lucha reñida con un poderoso partido reaccionario, á fin de poder realizar una serie de reformas, de las cuales la abolición de la servidumbre no era más que el primer paso.

Pero, gradualmente, á medida que veía más, del lado teatral de la vida de la corte, y de cuando en cuando podía echar una mirada y observar algo de lo que pasaba tras de la escena, me

fui haciendo cargo, no sólo de la poca importancia de estas demostraciones y de las cosas cuya misión era precisamente el ocultar, sino también de que esas pequeñeces absorben la corte de tal modo, que no le permiten tomar en consideración asuntos de mucha mayor importancia. A menudo, las realidades no se tenían presente en la acción: desvaneciéndose entonces lentamente la aureola con que mi imaginación había circundado la figura de Alejandro II; así que, al terminar el año, aunque al comenzar yo había abrigado algunas ilusiones respecto á una provechosa actividad en las altas esferas palatinas, todas se vieron marchitadas.

En toda festividad de importancia, así como en los días del santo y natalicio del emperador y la emperatriz, en el de la coronación, y en otros parecidos, se celebraba un gran besamanos en palacio. Miles de generales y jefes de todas clases, de capitán arriba, lo mismo que los altos funcionarios civiles, se hallaban formados en dos filas en los grandes salones del palacio para inclinarse ante el emperador y su familia al pasar solemnemente para ir á la iglesia. Todos los miembros de la familia imperial venían esos días á palacio, reuniéndose unos y otros en una sala, donde charlaban alegremente hasta que llegaba el momento de ponerse la máscara de la solemnidad. Entonces se formaba la columna: el emperador, dando la mano á la emperatriz, abría

la marcha, seguido de su paje de cámara, quien á su vez lo era del jefe del cuarto militar, el aide-de-camp de servicio aquel día, y el mayordomo mayor de palacio; en tanto que la emperatriz, ó mejor dicho, la inmensa cola de su traje, iba seguida de sus dos pajes de cámara, quienes tenían que suspenderla en las vueltas y desplegarla después en todo su esplendor. El presunto heredero, que era un joven de dieciocho años, y todos los grandes duques y duquesas venían después, por el orden de su derecho de sucesión al trono; siendo seguida cada una de las grandes duquesas por un paje de cámara; continuando luego una larga procesión de las damas de honor, jóvenes y de edad, vistiendo todas el llamado traje ruso; esto es, un traje de etiqueta que se suponía parecido al usado por las mujeres de la antigua Rusia.

A medida que pasaba la procesión, yo iba viendo cómo cada uno de los más altos funcionarios militares y civiles, antes de hacer la reverencia, procuraba ser objeto de una mirada del emperador, y si éste respondía al saludo con una leve sonrisa ó un imperceptible movimiento de cabeza, ó quizás por una palabra ó dos, al punto miraba en torno suyo á sus vecinos, lleno de orgullo, esperando ser congratulado por ellos.

La procesión volvía de la iglesia en igual forma, después de lo cual cada uno se marchaba á sus ocupaciones respectivas. Aparte de algunos

acérrimos cortesanos y alguna que otra joven, de cada diez personas de las que concurrían á estos actos, no se encontraba una que no los mirase como un deber enojoso.

Dos ó tres veces durante el invierno se daban grandes bailes en palacio, á los que se invitaba á miles de personas. Después que el emperador abría el baile con una polonesa, cada uno quedaba en completa libertad de divertirse á su manera. En aquellos amplios y brillantemente iluminados salones había bastante espacio para que las jóvenes pudieran sustraerse de la asidua vigilancia maternal, y muchas gozaban á su satisfacción de la danza y de la cena, durante la cual la gente joven se despachaba á su gusto.

Mis deberes en estos bailes eran algo difíciles: Alejandro II no bailaba ni se sentaba, paseándose de continuo entre los convidados, y el paje de cámara tenía que seguirlo á cierta distancia de modo que se le pudiera llamar sin molestia, pero sin llegar á una proximidad inconveniente. Esta combinación de presente y ausente no era fácil conseguirla, ni el emperador la necesitaba: él hubiera preferido quedar sin que nadie le acompañara; pero esa era la tradición y tenía que someterse á ella. Lo peor se presentaba cuando se introducía en una densa aglomeración de señoras, que permanecían de pie formando círculo en torno al lugar donde bailaban los grandes duques, pasando por entre ellas len-

tamente; pues no era pequeña empresa el hacerse camino á través de ese jardín humano, que se abría para dar paso al emperador, y se cerraba inmediatamente en pos de él. En vez de danzar, centenares de señoras y señoritas, permanecían allí fuertemente comprimidas unas contra otras, esperando cada una que alguno de los grandes duques se fijara en ella y la sacara á bailar un wals ó una polca. Era tal la influencia de la corte en la sociedad de San Petersburgo, que si uno de los grandes duques se fijaba en alguna muchacha, sus padres hacían todo lo posible porque su hija se enamorase perdidamente de tan gran personaje, á pesar de saber perfectamente que no había casamiento posible, porque á los grandes duques rusos no se les permite casarse con «súbditas del zar.» La conversación que una vez oí en casa de una familia «respectable» relacionada con la corte, después de haber bailado el presunto heredero al trono dos ó tres veces con una muchacha de diecisiete años, y las esperanzas que con tal motivo acariciaban sus padres, traspasaban los límites de todo lo que posiblemente hubiera yo podido imaginar.

••

Cada vez que íbamos á palacio tomábamos el *lunch* ó comíamos allí, y siempre los lacayos venían á contarnos al oído algunas noticias de la crónica escandalosa de la casa, aunque no ma-

nifestásemos por saberlas ningún interés. Ellos conocían todo lo que pasaba en los diferentes palacios, que eran sus dominios. Debo, sin embargo, decir en honor á la verdad, que, durante el año de que hablo, esa clase de crónica no fué tan rica en acontecimientos como llegó á serlo desde el 70 en adelante. Los hermanos del zar estaban recién casados, y sus hijos eran todos muy pequeños; pero las relaciones del mismo emperador con la princesa X, á quien Turgue-neff ha retratado tan admirablemente en su novela *Humo*, bajo el nombre de Irene, eran objeto de la crítica de los criados, quienes hablaban con más desenvoltura del asunto que la misma sociedad de San Petersburgo. Pero un día, al entrar en el cuarto donde nos vestíamos, nos dijeron que «la X había sido poco antes despedida, esta vez de modo irrevocable». Media hora después vimos á la dama en cuestión venir á asistir á la misa con los ojos hinchados de llorar y procurando contener las lágrimas, en tanto que las demás hubieron de colocarse á cierta distancia de ella, como para ponerla más en evidencia. Los lacayos estaban ya enterados del incidente, y lo comentaban á su manera. Había algo verdaderamente repulsivo en la conducta de esos hombres, que el día antes se hubieran inclinado hasta el suelo en presencia de la misma mujer.

El sistema de espionaje que se ejerce en palacio, especialmente en torno al mismo emperador,

parecería poco menos que increíble á los que no estuvieran iniciados. De ello dará una idea este incidente: algunos años después, uno de los grandes duques recibió una severa lección de un caballero de San Petersburgo, quien le había prohibido á aquél la entrada en su casa, y al volver á ella á una hora inesperada, se lo encontró en la sala. Corrió hacia él con el bastón levantado; pero el joven, al verlo, cogió precipitadamente la escalera, y estaba ya á punto de saltar al carruaje, cuando fué alcanzado por su perseguidor, quien le dió un palo con el bastón. El policia que estaba á la puerta vió la aventura y corrió á dar cuenta de ella á su primer jefe, el general Trepoff, el cual, á su vez, montó en un carruaje y corrió á palacio para ser el primero que comunicar al emperador tan «desagradable incidente». Alejandro II llamó al gran duque, y tuvo una conversación reservada con él. Un par de días después, un antiguo funcionario que pertenecía á la sección tercera de la cancillería imperial, esto es, á la policia de Estado, y era amigo de la familia de un compañero mío, refirió toda la conversación. «El emperador—según manifestó—estaba muy incomodado, y dijo al gran duque al terminar: «Debéis saber manejar mejor vuestros pequeños asuntos.» Y al preguntarle, como es natural, de qué medios se había valido para conocer esa conversación, dió esta respuesta, que es bien característica: «Lo que dice y lo que opina Su

Majestad debe ser conocido en nuestro departamento.» De otro modo, ¿cómo sería posible que desempeñara fielmente su misión una institución tan delicada como la de la policia de Estado? Tened la seguridad que el emperador es la persona que se vigila más de cerca en todo San Petersburgo.»

No había nada de jactancioso en esas palabras; cada ministro, cada gobernador general, antes de entrar en el despacho del emperador con sus informes, hablaba primero con su lacayo particular, para conocer el estado de ánimo del señor aquel día, y según era, ó le presentaba algún asunto desagradable, ó bien lo dejaba dormir en el fondo de su cartera, esperando un momento más adecuado. Cuando el gobernador general de la Siberia Oriental venía á San Petersburgo, siempre mandaba un ayudante con un buen regalo para el camarero particular del emperador. «Hay días—ese alto funcionario solía decir—en que el emperador se encolerizaba y ordenaba abrir una investigación sobre el proceder de todos, incluso el mío, si le presentase en tales ocasiones algunos expedientes determinados; mientras hay otros en que todo marchará sin tropiezo alguno: ese lacayo es una alhaja.» El conocer al día de qué humor estaba el emperador, representaba una parte principal en el arte de retener una posición elevada; arte que más tarde el conde Shuváloff y el general Trepoff en-

tendieron á la perfección, así como también el conde Ignatieff, quien supongo, según lo que observé, lo poseía sin la ayuda del lacayo.

Al principio de estar al servicio de Alejandro II sentía una gran admiración por él, considerándolo como el libertador de los siervos. La imaginación á menudo lleva á un joven más allá de las realidades del momento, y el estado de mi ánimo era entonces tal, que si se hubiera atentado en mi presencia contra él, lo hubiese cubierto con mi cuerpo. Un día, al comenzar Enero del 62, lo vi dejar la procesión y marchar rápidamente solo hacia los salones, donde parte de todos los regimientos de la guarnición de San Petersburgo estaban formados en batalla. Esta parada acostumbraba á efectuarse al aire libre; pero este año, á causa de los hielos, tenía lugar en el interior del palacio, y Alejandro, que generalmente pasaba á galope tendido ante las tropas en las revistas, tenía ahora que hacerlo á pie ante los regimientos. Yo sabía que mis deberes de corte terminaban desde el momento que el emperador aparecía en su capacidad de jefe militar de las tropas, y que mi obligación era seguirlo hasta aquel sitio, pero no más allá. Sin embargo, como al mirar en todas direcciones vi que estaba completamente solo, habiendo desaparecido los dos ayudantes y no encontrándose allí ninguno de

la escolta, «no lo dejaré»—me dije á mí mismo—, y lo seguí.

Ya fuera porque Alejandro II tuviese mucho que hacer en dicho día, ó que deseara, por otras razones, que la revista terminase lo más pronto posible, lo cierto es que se lanzó con tanta rapidez ante las tropas, dando pasos tan largos y ligeros—era muy alto—, que me fué muy difícil seguirlo, caminando con toda la velocidad de que yo era capaz, teniendo en ciertos momentos que correr para no perder la distancia. Parecía como si huyera de un peligro, comunicándoseme su excitación de tal modo, que á cada momento me hallaba dispuesto á colocarme de un salto ante él, sintiendo sólo no llevar más que la espada de ordenanza en vez de la mía propia, que tenía una hoja toledana, con la que se atravesaba una moneda de cobre y era un arma mucho mejor. Sólo después de haber pasado por delante del último batallón fué cuando contuvo algo el paso, y al entrar en otro salón, volvió la cabeza, encontrándose con mi mirada, que centelleaba con la agitación de aquella marcha impetuosa. El ayudante más joven venía á toda carrera dos salones más atrás de nosotros, y yo me preparaba á sufrir una buena reprimenda; en vez de lo cual me dijo Alejandro II, tal vez revelando sin querer algún secreto pensamiento: «¿Tú aquí? ¡Bravo muchacho!» Y á medida que se alejaba lentamente volvió hacia el espacio aquella pro-

blemática y distraída mirada que yo había empezado á sorprender en él con frecuencia.

Tal era en aquella época mi modo de apreciar la situación; pero varios pequeños incidentes, al parecer sin importancia, así como el carácter reaccionario que la política de Alejandro II iba decididamente tomando, derramaron poco á poco la duda en mi corazón. Todos los años, el 6 de Enero, una ceremonia medio cristiana y medio pagana, cuyo objeto es bendecir las aguas, tiene lugar en Rusia, efectuándose también en palacio. Sobre el Neva, y frente al palacio, se levanta un pabellón, y á él va la familia imperial precedida del clero, á través del gran muelle, cantándose allí una letanía y sumergiendo la cruz en las aguas del río. Millares de personas bajan á los muelles y á las heladas aguas del Neva para presenciar el espectáculo, teniendo que estar todos con la cabeza descubierta; y como este año el hielo apretara, un viejo general se había puesto una peluca; mas, debido á la precipitación con que se quitó la esclavina, aquélla se movió, y ahora la tenía atravesada en la cabeza sin apercibirse de ello. El gran duque Constantino, que lo notó, se estuvo riendo todo el tiempo que duró el *Te Deum*, así como los grandes duques más jóvenes, mirando todos en dirección hacia donde se hallaba el infortunado general, quien se sonreía estúpidamente, ignorando cuál pudiera ser la causa de semejante hilaridad. Al fin, Cons-

tantino se lo dijo con disimulo al emperador, quien también miró al general y se rió; algunos momentos más tarde, al cruzar una vez más la procesión el muelle, de vuelta hacia palacio, un viejo campesino, también con la cabeza descubierta, abriéndose camino á través de las dos filas de soldados que formaban en la carrera de la procesión, cayó de rodillas á los pies mismos del emperador, presentando un memorial, y gritando con lágrimas en los ojos: «¡Padre, defiéndenos!» Siglos de esclavitud de la población rural rusa se hallaban comprendidos en esta exclamación; pero Alejandro II, que algunos minutos antes se había reído, durante el servicio religioso, de una peluca descompuesta, pasó ahora junto al campesino sin hacer el menor caso de él. Yo iba inmediatamente tras el primero, y sólo observé en él un ligero estremecimiento de temor ante la súbita aparición del segundo; después de lo cual continuó caminando sin dignarse siquiera dirigir una mirada á la criatura humana que se hallaba á sus pies. Miré á mi alrededor: los ayudantes no estaban allí; el gran duque Constantino, que venía detrás, hizo el mismo caso del pobre que su hermano; no había, pues, nadie que tomara la petición, así que, yo la recogí, á pesar de saber que por ello sería fuertemente reprendido; porque, en verdad, no era esa mi misión; pero recordé lo que le habria costado al labriego llegar hasta la capital

primero y hasta el emperador después. Como todos los de su clase que presentaban memorias al zar, iba á ser arrestado, nadie sabe por cuánto tiempo.

*
* *

El día de la emancipación de los siervos, Alejandro II era adorado en San Petersburgo; pero es un hecho bien notable que, aparte de ese momento de entusiasmo general, la ciudad no lo quería. Su hermano Nicolás, sin que nadie pudiera decir el por qué, era, al menos, muy popular entre el pequeño comercio y los cocheros, pero ni Alejandro, ni su hermano Constantino, el jefe del partido reformista, ni su tercer hermano Miguel, contaban con las simpatías de ninguna clase en San Petersburgo. El primero conservaba demasiado el carácter despótico de su padre, que surgía alguna vez que otra á través de su trato, por lo general afable. Se acaloraba con facilidad, y á menudo trataba á sus cortesanos del modo más despreciativo, no siendo lo que se llama un hombre en quien se pudiera depositar confianza, lo mismo respecto á su política que á sus simpatías personales, y además era vengativo. Dudo que profesara sinceramente afecto á alguien; entre los hombres que lo rodeaban, los habia de bien malos antecedentes; el conde Adlerberg, por ejemplo, quien le hizo pagar una y otra vez sus enormes tram-

pas, y otros renombrados por sus estafas colosales. Desde el principio del 62 empezó á revelarse capaz de resucitar los tiempos peores del reinado de su padre; se sabia que pensaba en llevar á cabo una serie de importantes reformas en la magistratura y el ejército; que los terribles castigos corporales se hallaban á punto de ser abolidos, y que una especie de gobierno local, y tal vez hasta una constitución de cierta clase, se concederian. Pero, á pesar de esto, el más ligero disturbio era reprimido bajo sus órdenes con una rigida severidad; cualquier movimiento lo consideraba como un agravio personal; así que, en todo momento, habia motivo para temer de él las medidas más reaccionarias. Los desórdenes que estallaron en las Universidades de San Petersburgo, Moscou y Kazan en Octubre del 61, fueron reprimidos con una dureza sin igual. Se cerró la Universidad de San Petersburgo, y aunque la mayoría de los profesores abrieron cursos libres en el Ayuntamiento, pronto fueron éstos suprimidos, teniendo lo mejores profesores que dejar la Universidad. Inmediatamente después de la abolición de la servidumbre, se inició un gran movimiento en favor de la apertura de escuelas dominicales, que surgieron por todas partes, fundadas por corporaciones y particulares—todos los maestros eran voluntarios—, y la gente del pueblo, lo mismo jóvenes que adultos, acudian á ellas en gran número. Oficiales, estu-

diantes y hasta algunos pajes, se convirtieron en maestros, y tan excelentes métodos se emplearon, que, teniendo la lengua rusa una ortografía fonética, conseguimos enseñar á leer á los campesinos en nueve ó diez lecciones. Mas, cuando menos se esperaba, esas escuelas, en las que la masa del pueblo hubiera aprendido á leer en pocos años, sin gasto alguno para el Estado, fueron cerradas. Habiendo empezado en Polonia una serie de manifestaciones patrióticas, se mandaron allí á los cosacos á que dispersaran la multitud á latigazos, y prender centenares de personas en las iglesias con su acostumbrada brutalidad. En las calles de Varsovia se fusilaba á los hombres hacia fines del 61, y para suprimir algunas insurrecciones de campesinos que estallaron, se apeló á las horribles carreras de baquetas por entre dos hileras de soldados, aquel castigo favorito de Nicolás I; lo déspota que Alejandro II vino á ser desde el año 70 al 81, se vislumbraba ya en el 62.

*
* *

De toda la familia imperial, indudablemente la más simpática era la emperatriz Maria Alexandrovna, de carácter sincero, y cuando decía algo agradable, era verdad que lo sentía. La manera como una vez me dió las gracias por una pequeña atención (fué después de haber recibido al embajador de los Estados Unidos,

que acababa de llegar á San Petersburgo), me impresionó profundamente; no fué en la forma que debía esperarse de una señora viciada por las costumbres cortesanas, como es de suponer ha de estarlo una emperatriz. Ella, ciertamente, no era feliz en el hogar doméstico; ni tampoco apreciada de las damas de la corte, quienes la encontraban muy severa, y no se podían explicar tomase tan á pecho las *étourderies* de su marido. Ahora ya se sabe el papel de verdadera importancia que representó en lo referente á la abolición de la servidumbre; pero en aquella época su influencia en tal sentido se desconocía, considerándose al gran duque Constantino y á la gran duquesa Elena Pavlovna, que era el sostén principal de Nicolás Milutin en la corte, como los jefes del partido reformista en las esferas palatinas. La emperatriz era más conocida por la parte decisiva que había tomado en la creación de gimnasios para los jóvenes (institutos) que recibieron desde su fundación un alto grado de organización y un carácter verdaderamente democrático. Sus amistosas relaciones con el gran pedagogo Ushinsky le salvaron á éste de participar de la suerte de todos los hombres notables de la época, esto es, del destierro.

Siendo ella misma muy bien educada, Maria Alexandrovna hizo cuanto le fué posible por dar una buena educación á su hijo mayor; los hombres más notables en toda clase de conocimien-

tos se buscaron como maestros, y hasta Kavelin fué invitado con tal propósito, á pesar de ser bien conocidas sus amistosas relaciones con Hérzen; cuando él las mencionó, contestó ella que, aparte del violento lenguaje que aquél había usado respecto á la emperatriz viuda, no tenía ningún otro resentimiento con él.

El presunto heredero era un joven hermoso, tal vez demasiado para hombre. No tenía orgullo, y durante los besamanos, acostumbraba á charlar, como entre compañeros, con los pajes de cámara. (Aún recuerdo, en la recepción de Año Nuevo, haber llamado su atención sobre la sencillez del uniforme del embajador de los Estados Unidos, comparado con los trajes de papagayo de los demás.) Sin embargo, los que lo conocían bien lo describían como extremadamente egoísta, incapaz de tomar afecto á nadie; este rasgo característico se mostraba más prominente en él aún que en su padre. Respecto á su educación, todos los desvelos de su madre resultaron inútiles. En Agosto del 61, sus exámenes, que se efectuaron en presencia de su padre, fueron de efecto deplorable, y recuerdo que Alejandro II, en una parada en que aquél mandaba las tropas, y durante la cual cometió algunas equivocaciones, gritó de modo que todos pudieron oírle: «¡Ni aun eso has podido aprender!» Murió, como es sabido, á los veintidós años, de una afección de la medula espinal.

Su hermano Alejandro, que vino á ser el presunto heredero en 1865, y fué más tarde Alejandro III, formaba raro contraste con Nicolás Alejandrovich. Tanto me recordaba á Pablo I, por su fisonomía, su figura y su contemplación de sí mismo, que yo acostumbraba á decir: «Si alguna vez reina, será otro Pablo I en el palacio de Gatchina y tendrá el mismo fin que su bisabuelo, á manos de sus propios cortesanos.» Su resistencia á aprender era invencible; se decía que Alejandro II, habiendo tenido tantas dificultades con su hermano Constantino, que estaba mejor educado que él, adoptó la política de concentrar toda su atención en el primogénito y descuidar la educación de los demás; sin embargo, dudo mucho que eso sea cierto. Alejandro Alejandrovich ha debido tener aversión á todo lo que sea instruirse desde su infancia; su ortografía, que pude apreciar en los telegramas que dirigía á su prometida en Copenhague, era extremadamente mala. No puedo dar aquí un ejemplo de ella en ruso; pero en francés escribía de este modo: «*Ecri á oncle á propos parade les nouvelles son mauvaisent*», y así por el estilo.

Se dice que sus maneras se suavizaron en el último tercio de su vida; pero en 1870, y aun mucho después, era un verdadero descendiente de Pablo I. Conoci en San Petersburgo un oficial de origen sueco (de Finlandia), á quien se había enviado á los Estados Unidos á ordenar

fusiles para el ejército ruso. A su vuelta, tuvo que dar cuenta de su misión á Alejandro Alexandrovich, encargado de la inspección del cambio de armamento del ejército. Durante esta entrevista, el zarevich, dando rienda suelta á su carácter impetuoso, empezó á reprender al oficial, quien probablemente contestaría con dignidad, lo que fué causa que el príncipe, presa de un acceso de furor, insultase á aquél, usando un lenguaje soez. Pero el ofendido, que pertenecía á ese tipo de hombres dignos y respetables que con frecuencia se encuentran entre la nobleza sueca en Rusia, se retiró en el acto y escribió al presunto heredero una carta, en la cual decía que, si en el término de veinticuatro horas no le daba una satisfacción, se pegaría un tiro. Aquello era una especie de duelo japonés; pero el joven Alejandro no mandó sus excusas, y el oficial cumplió su palabra. Yo lo vi en casa de un íntimo amigo mío, que lo era también suyo, contando los minutos y esperando recibir la explicación; á la mañana siguiente estaba muerto. El zar se incomodó mucho con su hijo, y le ordenó acompañara el cadáver hasta su última morada; pero ni aun esta terrible lección curó al joven de la altivez é impetuosidad propias de los Romanoff.

FIN DE LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

ÍNDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN, por Jorge Brandes.	7
PARTE PRIMERA	
INFANCIA	19
PARTE SEGUNDA	
EL CUERPO DE PAJES.....	117